

CUENTO

PERSEVERAR

POR ANA OJEDA

I

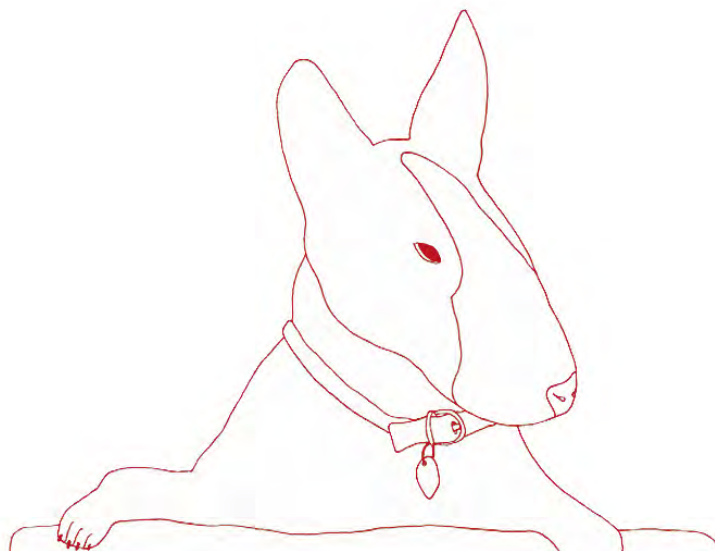
Aparece primero uno marroncito claro, fajado con un arnés que lo sujeta por delante y por detrás de las patas delanteras. No lleva correa. Entra trotando solo, avanzando en autonomía y a buen ritmo por el sendero central de la placita hasta que se detiene —con la exactitud de algo parecido a lo arquitectado de antemano— sobre su zapato, que mea alzando una gamba, para probar su adhesión a lo consuetudinario. A partir de ahí, can que traspasa el vallado de la plaza se concita, como radarizado, sobre ese zapato, que se apura a mear a su vez. Ella, por su parte y alguna razón que desconocemos, aúlla cada vez que sobreviene la líquida evacuación, pero no se mueve ni abandona el banco de piedra que ha elegido esta tarde para apropiarse. Gritos desgarrados despedazan la paz barrial de la placita, evidencia cada vez más incuestionable de su odio al can.

La coreografía se repite aceitada, una y otra vez. Primero: ingreso apurado y apronte de nariz para olida de meada ajena. Luego, culo que se arrima y alza cuarto trasero para la propia: señalar territorio. Pronto aprende la perjudicada a prever cuando el perro ha decidido que es momento de territorializar; momento que ella, entonces, elige para incorporarse en pavoroso rugido y, agitando sus extremidades, trepidando entera, esforzarse por alejar a la bestia que, de pronto anoticiada de la existencia de un Otro, sigue su trote en dirección a la calesita.

Varios pares de ojos auditan el contraataque enloquecido de la derviche a la distancia, apoltronados en sus propios bancos de piedra, al sol. Comparten el placer del espectáculo y el gozo por el paso del tiempo sin mácula. Hasta que inopinadamente una, madre de dos (uno jaspeado a la que te criaste y peludo feo, muy baqueteado, otro obeso y pasado de marrón) se aproxima, mate en mano.

—Perdoname, te pregunto: ¿cuál es el problema?

Verbo performativo para amortiguar lo inadecuado de la intervención. Su tono y actitud son dulces: quien fona habita un universo en el que Estrés es la marca de una bebida cola. Sonríe mientras aguarda respuesta. Su cara alberga incrédula gracia, como si dijera: son perros, ¿qué querés? A ella todo eso le hace mal. Su risa, su buena onda con ribetes de burla sin maldad, su copadez de vecina repiola, de alta vecina pegaste.



II

Penetra primero uno marroncito, ojos achinados, pestañas curvas como bananas. Sujeto por un arnés que le llena el pecho con una X y expele de la parte posterior relamida correa con incrustación de tachas piramidales. Junto a él, su hermano, gordito mal distribuido, anteojos todo por dos pesos, exceso dental, fajado de manera similar. Las correas confluyen en cachivache oxigenado con decoración naranja por falta de sol, lamé y zapatillas, evidente que salió a las corridas. En el Norte reina un revuelto gramajo que es ex esplendor en rulos devenido triste presente de barrio casita baja en domingo de lluvia.

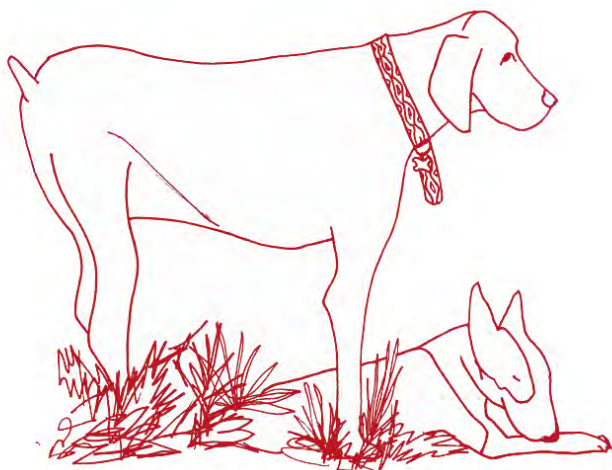
Rebasado el perímetro de seguridad, la pseudorrubia hace suelta de vástagos, encomendándolos al libre albedrío, y se pierde por el fondo, entre los bancos de piedra que agonizan junto a la calesita con inflable y metegol. Monchi y Fruli revolotean, husmeando ángulos y contornos, disfrutando el pleno de posibilidades. La cuasi rubia suspira y se desinfla junto al buffet. Sólo resta esperar. Ensamblando una ristra de movimientos quedos, apronta un mate y enciende un cigarrillo. Agite del contorno ante la posibilidad de mangazo. Regocijada por la de pronto popularidad, ceba y ríe actuando una realidad que se constituye en torno de un ella que no es, que deja afuera su mayor parte. No ella, allí, con sus hijos a cuestras, el rimmel corrido y una pestaña menos, repuesta a medias, regurgitando escenas pasadas en contra de su voluntad, que le pide: por favor, hacé la de Aira, fugá hacia adelante.

El sol le da en la cara, le pinta frente y nariz con un calorcito agradable y aplaca de a ratos el torbellino. La cháchara de la baqueana decrepita apersonada para degustar mate la ayuda, también, a dejarse ir, fijarse en el ahora. Pobre mujer. Paseando can nefando en ajado cochecito de bebé, de los antiguos, caños de metal y parasol con varillas. El bicho ostenta tumor gigante en la barriga, pelota de handball que le cuelga entre las piernas como ubre (et orbi) desorientada. La decrepita acompaña la desgracia del can sin que se le pase por el cerebro terminar con el sufrimiento del cuadrúpedo, encarnizada en una sobrevida rabiosamente medicalizada, que se traduce en jadeos y penosos gimoteos cuando posa con cuidado a la bestia sobre el pastito crecido en sufrida intemperie. Como un árbol de cotillón se yergue allí el cartel que reza: "Prohibido el ingreso de perros al predio".

Al fin, la calesita abre sus puertas. Hace un rato que Monchi y Fruli se persiguen entre los arbustos, cansados de la monotonía de oferta del arenero: subibaja, tobogán, dos hamacas, dos semicírculos barrados de metal. La rubia Mireya destroza la colilla

chamuscada con la puntita de la Nike, exhalando humo negro de cara al cielo. Ofrece otro mate. Siente nervios. Otea el horizonte, cogote enhiesto, y se manda. El calesitero la ve venir, mastica tutucas a la espera. Ahorrando gestualidad al máximo, chequea la pantalla del celular, que prende apoyando el índice sobre la pantalla. Deja su huella digital dibujada en saliva y azúcar impalpable.

El diálogo no alcanza a arrancar: Mamá es requerida por batahola sucedida en las inmediaciones de la valla. ¡Otrrrrrrra vez! ¿Qué pasó ahora?



III

Penetra primero una de piel casi transparente, surcada por venas azules y un matorral a la vez encrespado y dócil. Irónico. La proa conquistada por un balconcito con ruedas que chirría cada vez que la anciana lo empuja hacia adelante. A su lado, doppelgänger: chupado, espalda curva, pelo encrespado en la punta, balconcito. Avanzan pastoreados por una gordita simpática con cara de enfermera o acompañante terapéutica, que viste uniforme lavanda y fuma mientras con el ojo que le queda ocioso relojea el movimiento de parroquianos en masculino singular en las inmediaciones (no percibe ninguno). Ciruela avanza en estela de los viejos y se apura a plantarlos a la entradita nomás, junto al arenero. Cultivan miradas vacías y un silencio que parece venir de lejos. El banco se orna con un balcón doble, que parapeta sus pequeños pies organizados en sendas alpargatas, agujereadas en distintos puntos más para acomodar los escarpados picos de falanges separatistas que por una cuestión de uso.

Entre ellos no se miran. Prefieren entregar pupila al pasto, a los troncos que rayan el paisaje a algunos pasos, cruzando el sendero. Detrás de ellos, Ciruela se acomoda para recibir el sol en la cara, aprovechar para eso al menos. Pronto se cansa y zarpa hacia el fondo, en busca de la calesita.

IV

Todo es turquesa bajo el agua. La pileta, estanque climatizado para alimañas de gran tamaño. Seis andariveles, tres para el equipo, dos para la escuelita de natación y el 4 en Pileta Libre. Allí se concitan las ballenas con aspiraciones de Campeón Sudamericano y de entre ellas la reina es ventruado coleóptero cyborg: pata de rana, manoplas, tablita de flotación, antiparras, cronómetro ornamentan el asiento que ha elegido para dejar toalla y chancletas. Llega sobre la hora y sin importar las declinaciones del contorno, zambulle la barba, desentendido del barrigudo que estira musculación junto al borde bajo de la pile. En seguida inaugura coreografía de mariposa, con un estilo muy me estoy ahogando: espalda que apenas se yergue por sobre el líquido horizonte, brazos que aletean como claudicando bajo su propio peso, frente que quiebra cogote a fuerza de mirada al cielo, como si dijera: Qué tortura, Dios mío. El resto del serrallo intenta colarse en los intersticios que deja el poderoso volumen del sireno, pero la mudanza constante de estilo lo hace bastante difícil. La ofuscación general se traduce en abandono del resto de los piletolibristas, que no ven contempladas sus necesidades de circulación y, o se apiñan detrás de él en mariposa (la gorda casi avanza más lento que pony a la puerta del zoológico), o sufren su andar ligero cuando calza patas de rana. La mufa del otro es invisible a los ojos del vástago de Poseidón, que tampoco atiende a suspiritos ni miradas de recriminación de ninguna índole. Como si estuviera solo, como si fuera el único, persiste en su andar, atormentado, hacia adelante.



***Ana Ojeda**

es escritora, editora de El 8vo. loco ediciones y traductora. Ha publicado *Modos de asedio* (novela, 2007), *Falso contacto* (novela, 2012), *Motivos particulares* (poemitas en prosa, 2013), *La invención de lo cotidiano* (cuentos, 2013), *No es lo que pensás* (novela, 2015) y ha colaborado en diversas antologías. Fue una de las coordinadoras de la Exposición de la Actual Narrativa Rioplatense. Los segundos sábados de cada mes, conduce "Comunidad de lectores", segmento dedicado a la literatura en el marco de Patologías culturales.

DIBUJOS DE PACO
FERNANDEZ ONNAINTY